

AC 12 91

Introducción a las Humanidades ¿Qué es el hombre? El hombre contemporáneo en Ortega Carlos Dorff Führer En esta misión trataremos de analizar según el pensamiento orteguiano y sobre los propios textos de Ortega algunos aspectos que caracterizan al hombre contemporáneo dentro de las circunstancias del mundo que le rodea. Estos aspectos son, además de la conversión del hombre en hombre-masa y el advenimiento de la masa al protagonismo social, otros no menos característicos, problemáticos y significativos. Hablaremos someramente de los más fundamentales, la conversión del hombre de ciencia en especialista y la llamada barbarie del especialismo, el mastodóntico desarrollo de la técnica y la desnaturalización del hombre de hoy, la violencia como consecuencia última del intervencionismo social de la masa, la indocilidad de la juventud de hoy y la crisis de los valores en la Europa moderna, así como la crisis de la razón físico-matemática sustituida por la razón vital e histórica.

El primer aspecto que nos ocupa es el de la conversión del hombre de ciencia en especialista. Consecuencia de este fenómeno es lo que Ortega llama la barbarie del especialismo, puesto que el especialista se ha convertido también en el prototipo de hombre-masa, es decir, en un primitivo, en un bárbaro moderno. Pero ¿qué es el especialismo? A raíz de finales del siglo pasado, la historia y el desarrollo tecnológico han conducido al científico a reducir su órbita de trabajo, con lo que iba progresivamente perdiendo contacto con las demás partes de la ciencia, con una interpretación integral del universo que sería lo único merecedor de los nombres de ciencia, cultura, civilización europea.

¿Quién es el especialista? Es un hombre que, de todo lo que hay que saber para ser un personaje discreto, conoce bien solamente la pequeña porción en la que él es activo investigador. Incluso llega a proclamar como una virtud el no enterarse de cuanto quede fuera del angosto paisaje que especialmente cultiva y llama diletantismo a la curiosidad por el conjunto del saber. Sin embargo, el caso es que, recluido en el estrecho campo que le ocupa y que domina, el especialista hace progresar la ciencia.

Parece paradójico que la ciencia avance con esta proliferación de hombres mediocres y merced a su trabajo especializado. La ciencia moderna, raíz y símbolo de la civilización actual, da acogida dentro de sí al hombre intelectualmente medio y le permite operar con éxito. ¿Cómo se ha producido esta paradoja? Este extravagante hecho.

La razón de ello está en lo que es a la par ventaja mayor y peligro máximo de la ciencia nueva y de toda la civilización que ésta dirige y representa. La mecanización. Una buena parte de las cosas que hay que hacer en la ciencia del especialismo actual es faena mecánica, que la puede hacer si no cualquiera, casi cualquiera.

Y la mayor parte de las veces no se exige, ni de hecho posee el especialista, ideas rigurosas sobre el sentido y fundamento de su trabajo mecánico. ¿Y cuál es la consecuencia de esta labor

mecánica, de este trabajo mecánico? La consecuencia es que el especialismo ha creado una casta de hombres mediocres. El especialista es una extraña clase de hombre que conoce muy bien su mínimo rincón de universo, pero ignora de raíz todo el resto.

Antes los hombres podían dividirse sencillamente en sabios o ignorantes, en más o menos sabios y más o menos ignorantes. El especialista, sin embargo, no pertenece a ninguna de estas dos categorías. No es sabio porque ignora formalmente cuanto no entra en su especialidad, pero tampoco es un ignorante porque es un hombre de ciencia y conoce muy bien su porciúncula de universo.

Con palabras de Ortega habremos de decir que es un sabio ignorante. Y esta figura, esta categoría de hombre, es peligrosa porque su fatal consecuencia es que se comportará en todas las cuestiones que ignora, no con la humildad del ignorante que pretende aprender, sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio. En efecto, este es el comportamiento del especialista.

Tomará posiciones de primitivo ignorante en política, en arte, pero no admitirá, y esto es lo paradójico, especialistas de esas cosas. Al especializarlo, la civilización le ha hecho hermético y satisfecho dentro de su limitación. De este hermetismo resultará que el especialista, representación máxima del hombre cualificado, y por lo tanto, teóricamente, lo más opuesto al hombre masa, se comportará sin cualificación y como hombre masa en casi todas las esferas de la vida.

Esa condición de no escuchar, de no someterse a instancias superiores, característica del hombre masa, llega al colmo precisamente en estos hombres parcialmente cualificados. Ellos simbolizan y en gran parte constituyen el imperio actual de las masas y su barbarie es la causa inmediata de la desmoralización europea. El resultado más inmediato de este especialismo es que hoy, cuando existen mayor número de hombres de ciencia que nunca, haya menos hombres cultos que hace uno o dos siglos, por ejemplo.

El estadio de la evolución técnica en que hoy nos hallamos se caracteriza por el fabuloso crecimiento de actos y resultados técnicos. Mientras en la Edad Media, en la época del artesano, la técnica y la naturalidad del hombre estaban compensadas y el aprovechamiento que el hombre hacía del mundo no llegaba a desnaturalizarle, hoy los supuestos técnicos de la vida superan grandemente a los naturales, de suerte tal que el hombre no puede vivir literalmente sin la técnica a la que ha llegado. El hombre ha interpuesto entre la naturaleza y él una zona de pura creación técnica muy espesa.

El hombre de hoy no puede elegir entre vivir en la naturaleza o beneficiarse de la técnica. Está ya irremediablemente adscrito a la técnica y colocado en ella como si se tratase de un contorno natural. Y esto tiene fundamentalmente dos riesgos.

El primero, la pérdida de la conciencia de la técnica, de las condiciones y esfuerzo que exigen el producirla. Segundo, el haber convertido al hombre en un auxiliar de la máquina con la

consiguiente deshumanización del mismo. Estos dos riesgos son bien explicables.

El hombre al abrir los ojos a la existencia se encuentra rodeado de una cantidad fabulosa de objetos y procedimientos creados por la técnica, que forman un primer paisaje artificial tan tupido que oculta la naturaleza primaria tras él. Esto hace que crea que al igual que la naturaleza, este paisaje artificial esté ahí por sí mismo, que el televisor o el automóvil no sean cosas que hay que fabricar, sino cosas como el árbol o los frutos, que son dadas al hombre sin previo esfuerzo de éste. El otro riesgo es más claro aún.

El hombre ha llevado su técnica a las más altas consecuencias. Ha convertido el menú instrumento a su servicio en máquina, automatismo, esto es, un aparato que actúa por sí mismo. Y este tránsito del instrumento a la máquina ha convertido al hombre en un auxiliar de la máquina y en una máquina misma.

El artesano se ha convertido así en un esclavo de la máquina y su papel resulta modestísimo. Otra de las características de nuestra época es el imperio de la vulgaridad. No es que el vulgar se considere sobresaliente, no.

Es que el vulgar proclama e impone el derecho de la vulgaridad, o mejor dicho, la vulgaridad como un derecho. El imperio que sobre la vida pública ejerce hoy la vulgaridad intelectual es un factor nuevo. Por lo menos, en la historia europea hasta la fecha, nunca el vulgo había creído tener ideas sobre las cosas.

Tenía creencias, tradiciones, experiencias, proverbios, hábitos mentales, pero no se imaginaba en posesión de opiniones teóricas sobre lo que las cosas son o deben ser. Le parecía bien o mal lo que el político proyectaba y hacía, apoyaba o retiraba su atención, pero su actitud se reducía y repercutía positivo o negativamente. No se le ocurría oponer a las ideas del político otras suyas, ni siquiera juzgarlas desde la torre de las que quería poseer.

Lo mismo sucedía en arte, en religión, en moral. Una innata conciencia de su limitación se lo impedía, se lo vedaba completamente. Hoy, en cambio, el hombre medio tiene las ideas más taxativas sobre cuánto acontece y debe acontecer en el universo.

Por eso ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír si ya tiene dentro cuánto falta? Ya no hay razón de escuchar, sino al contrario, de juzgar, de sentenciar, de decidir. No hay cuestión de vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es, imponiendo sus opiniones.

Pero ¿no es esto una ventaja? ¿No representa un progreso enorme que las masas tengan ideas, es decir, que sean cultas, en manera alguna? Las ideas de este hombre medio no son auténticamente ideas, ni su posesión es cultura. El hombre medio se encuentra con ideas dentro de sí, pero carece de la función de idea. Ni sospecha siquiera cuál es el elemento utilísimo en el que las ideas viven.

Quiero opinar. De aquí que sus ideas no sean efectivamente ideas. No vale hablar de ideas u opiniones donde no se admite una instancia que las regula, una serie de normas a las que en la

discusión poder apelar.

Estas normas son los principios de la cultura. No hay cultura donde no hay normas a qué recudir. No hay cultura donde no hay un acatamiento a ciertas últimas posiciones intelectuales a qué referirse.

Hay, en el sentido más estricto, barbarie. Y esto es lo que empieza a haber en Europa. El que llega a un país bárbaro sabe que en aquel territorio no rigen principios a los que quepa recudir.

No hay normas bárbaras propiamente. La barbarie es ausencia de normas y de posible apelación. Parece por primera vez en Europa un tipo de hombre que no quiere dar razones ni quiere tener razón.

Quiere imponer sus opiniones. El hombre medio está resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello. Lo nuevo es en Europa acabar con las discusiones y se detesta toda forma de convivencia que por sí misma implique acatamiento de normas objetivas, desde la conversación hasta el parlamento, pasando por la ciencia.

Se denuncia así a la convivencia de cultura que es una convivencia bajo normas y se retrocede a una convivencia bárbara. Este hermetismo normativo conduce a la masa a la intervención en la vida pública y le lleva a un procedimiento único, la imposición a toda costa de su voluntad en forma de violencia para defender la razón y la justicia que cree en tener. La fuerza es, en última instancia, la última razón.

En rigor, es la violencia la única razón. La norma propone la anulación de toda norma. Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuenta con los demás.

La barbarie es tendencia a la disociación. Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Pero la masa no desea la convivencia, con lo que no es ella.

Odia a muerte lo que no es ella y emplea la violencia para imponer en último recurso ésta, su ley primordial. ...tal es del hombre actual es su indocilidad y su carencia de esfuerzo. Esto le conduce a la innobleza y vulgaridad.

El esfuerzo ennoblece. Noble es el que se exige y la fuerza reside en el esfuerzo. El hombre actual vive satisfecho de cómo es o, en cualquier caso, inerte a lo que sucede.

El hombre selecto apela siempre a una norma más allá de él, superior a él. El hombre vulgar, sin embargo, no se exige nada, sino que se contenta con lo que es y está encantado consigo mismo. El hombre selecto es quien vive en especial servidumbre de ideal y ésta vida de disciplina es lo que hace su vida noble.

La nobleza se define como exigencia por las obligaciones, no por los derechos. Goethe decía vivir a gusto es de plebeio. El noble aspira a ordenación y a ley.

Hoy día nadie quiere tener obligaciones, nadie quiere esforzarse, solamente se quieren poseer

derechos y autoridad. Pero solamente se pueden tener derechos y gozar de ellos cuando se ha hecho un esfuerzo y sólo tiene autoridad quien es autor. Los derechos privados o privilegios no son pasiva posesión y simple goce, sino que representan el perfil a donde llega el esfuerzo de la persona.

Nobleza es sinónimo de vida esforzada y exigente. La vida noble se contrapone a la vida vulgar o inerte que estáticamente se recluye en sí misma condenada a perpetua inmanencia. Por esto es más a ese conjunto de hombres que tienen esta actitud inerte y que quieren imponer su forma de vida y suplantar a los poquísimos seres selectos capaces de un esfuerzo espontáneo y lujoso.

Y esta es la cuestión. Que Europa ha visto proliferar esta clase de hombres vulgares y nobles que se creen con todos los derechos y ningún deber, ninguna obligación. Busca cualquier pretexto para no supeditarse a nada.

Las gentes cómicamente se declaran jóvenes porque han oído que el joven tiene más derechos que obligaciones ya que puede demorar el cumplimiento de éstas hasta la madurez. Siempre el joven como tal se ha considerado eximido de hacer o haber hecho ya hazañas. Siempre ha vivido de crédito.

Era como un falso derecho entre irónico y tierno que los no jóvenes concedían a los mozos. Pero causa la estupefacción que los jóvenes lo tomen como un derecho efectivo precisamente para atribuirse a todos los demás que pertenecen sólo a quien ya ha hecho algo. La juventud actual está pues representada por este hombre masa que carece de moral y es esta conducta la penosa consecuencia que ahora recoge Europa en su crisis espiritual.

Esta es la verdadera y gran cuestión. Si vemos las creencias del hombre actual con las del hombre europeo de los cuatro últimos siglos nos encontramos con que ha variado profundamente al haberse alterado la convicción fundamental. ¿En qué consistió tal convicción? Se caracterizó en que los hombres vivieron de la fe en la razón.

¿Y en qué consiste esta fe? El discurso del método que fue el libro clave de todo el pensamiento moderno culmina con las siguientes palabras. Las largas cadenas de razones, todas sencillas y fáciles, de que acostumbran los geómetras a servirse para llegar a sus más difíciles demostraciones me habían dado ocasión para imaginarme que todas las cosas que puedan caer bajo el conocimiento de los hombres se siguen las unas a las otras en esta misma manera y que sólo con cuidar de no recibir como verdadera ninguna que no lo sea y de guardar siempre el orden en que es preciso deducirlas unas de las otras no puede haber ninguna tan remota que no quepa a la postre llegar a ella ni tan oculta que no se la pueda descubrir. Estas palabras son la culminación del racionalismo, el verdadero y triunfal canto al poder de la razón del hombre como arma todopoderosa para el conocimiento.

El hombre con este instrumento puede llegar a los últimos entresijos de la realidad del mundo que le rodea. El hombre va a captar y saber la verdad sobre todo. La realidad tendrá una

organización coincidente con la del intelecto humano.

Se entiende con aquella forma del humano intelecto que es la más pura, con la razón matemática que proporciona al hombre un poder ilimitado en principio sobre las cosas. Pero esta fe en la razón fue una fe viva. ¿Qué queremos decir con que es una fe viva? Creemos algo con fe viva cuando esa creencia nos basta para vivir, cuando de esa fe brotan las incitaciones y orientaciones para vivir.

La fe viva es presencia permanente y activísima de la entidad en que creemos. Se hace presente y activa en nuestra vivencia y nuestro vivir. Por el contrario, la fe muerta o inerte no actúa eficazmente en nuestra vida, aunque esté en nosotros todavía, aunque no la hayamos abandonado del todo.

La arrastramos inválida a nuestra espalda, forma un parte de nosotros, pero yaciendo inactiva en el desván de nuestra alma. No apoyamos nuestra existencia en esa fe para vivir. En la Edad Media el hombre había vivido y tenido una fe viva en la revelación, en Dios.

Creía con fe viva en un ser todopoderoso y omnipotente que le descubría de modo gratuito todo lo esencial para su vida. Esta fe viva en la revelación va progresivamente decayendo hasta que el hombre entra en una crisis profunda. Esta fe viva se convierte claramente en fe cansada, inerte, muerta, ineficaz, hasta que queda desarraigada por completo del alma individual.

El hombre empieza a sentir que no le basta la revelación para aclararle sus relaciones con el mundo. Entonces el hombre se siente perdido, sin brújula, carece de orientación. Y es esta nueva fe viva, esta nueva creencia en la razón la que le salva y la que sustituye a la fe viva en la revelación.

El hombre recaído renace. Es la razón físico-matemática la nueva mediadora entre el hombre y el mundo. Las creencias constituyen el estrato básico, el más profundo de la arquitectura de nuestra vida.

Vivimos de ellas y por eso no solemos pensar en ellas. Pero hay más. Nuestras creencias, más que tenerlas, las somos.

Pero aparte de nuestras creencias propias, personales, individuales, hay siempre un estado colectivo de creencia. Esta fe social puede coincidir o no con la que cada cual siente. Cualquiera que sea la creencia de cada uno de nosotros, encontramos ante nosotros constituido, establecido colectivamente, con vigencia social, un estado de fe.

La fe social, colectiva, la creencia pública, aparece como si fuese una realidad física, independiente de que sea aceptada por un individuo determinado. Esta fe social y colectiva, viva en la razón y en la ciencia, ha sufrido una grave crisis. La ciencia está en peligro.

Y no es que esta fe colectiva del hombre en la ciencia esté completamente muerta. Pero lo que sí ha ocurrido, ha sido que ha pasado de ser una fe viva a ser una fe muerta. Inerte.

Y esto basta para que la ciencia esté en peligro y el científico no pueda seguir viviendo pensando que la sociedad sigue protegiendo y venerando su trabajo. Veamos ahora lo paradójico de este fenómeno. La situación actual de la ciencia a la razón física es bastante paradójica.

Si algo no ha fracasado en el repertorio de las actividades y ocupaciones del hombre, esto es la ciencia. El hombre debería adorarla como a un dios. La ciencia ha conseguido cosas que la irresponsable imaginación no podía ni siquiera soñar.

Pero el caso es que el hombre, aún reconociendo el maravilloso poder de la ciencia, su triunfo sobre la naturaleza, no sólo no está rodeado ante ella, sino que empieza a volverle la espalda. Y esto es porque ha caído en la cuenta de que la naturaleza es sólo una dimensión de la vida humana y el glorioso éxito con respecto a ella no excluye su fracaso con respecto a la totalidad de nuestra existencia. En el balance inexorable que es en cada instante nuestro vivir, la razón física, con todo su parcial esplendor, no impide un resultado terriblemente deficitario que ha provocado la enorme desazón y crisis del hombre contemporáneo occidental.

El hombre actual sabe que ha perdido pie, que carece de punto de apoyo y se siente como un naufrago en el vacío. La razón física no puede decirnos ya nada claro sobre el hombre. Esto quiere decir que debemos desasirnos con toda radicalidad de tratar a modo físico y naturalista lo humano.

Debemos tomarlo espontáneamente según nos sale al paso o dicho de otro modo, el fracaso de la razón física deja la vía libre para la razón vital e histórica.